

El español, instrumento de integración iberoamericana

Juan Ramón de la Fuente

En este texto, fragmento del que se leyó en Cartagena de Indias, Colombia, el 26 de marzo de 2007, en la Sesión Plenaria del IV Congreso Internacional de la Lengua Española, en homenaje a Gabriel García Márquez, el doctor Juan Ramón de la Fuente hace un recorrido por los avatares de nuestra lengua y su manifiesta integración latinoamericana.

Poco se recuerda que en 1961, gracias a los afanes de Augusto Monterroso, en la *Revista de la Universidad de México* apareció por primera vez en nuestro país un texto de Gabriel García Márquez, cuya obra ahora pertenece al acervo literario de la humanidad. En 1967, unos meses después de que apareciera la primera edición de *Cien años de soledad*, la Universidad Nacional Autónoma de México invitó a Gabriel García Márquez a leer algunos fragmentos de su novela para la colección Voz Vi vade América Latina. Era evidente la caladura que la obra iba a tener entre los lectores, y para la UNAM fue un orgullo grabar su voz. Como lo ha dicho Carlos Fuentes, México ha sido la patria de elección de García Márquez; y la Universidad, una de las instituciones que mejor lo han acogido y con

la que el colombiano universal mantiene una estrecha relación.

La obra de García Márquez nos demuestra, entre muchas otras cosas, que es posible crear mundos complejos e insospechables a partir de la magia de la palabra y el lenguaje. Al mismo tiempo que espejos del mundo real, sus creaciones son metáforas de la tierra que nos ha tocado compartir. En efecto, el gran espacio iberoamericano es un territorio construido, en buena medida, a partir del lenguaje. No podría ser de otra manera; la América hispana es simultáneamente Macondo, Comala, Santa María y Zapotlán El Grande; es *La región más transparente*, *El Aleph* y *Casa tomada*. Es todos y el mismo hogar: una conquista de la imaginación y del lenguaje.



Carlos Fuentes en su discurso ante Gabriel García Márquez y su esposa

Tomemos en cuenta que el origen de la idea misma de América es, en cierta forma, una construcción a partir del lenguaje, y que a lo largo de más de cinco siglos los habitantes de este continente nos hemos reinventado varias veces, usando para ello el vigor de nuestro idioma común, el español; enriquecido por las lenguas de los naturales y por la rica cultura que desde entonces compartimos y hemos aportado al mundo.

En efecto, las naciones hispanoamericanas han experimentado diversos periodos de adaptación a modelos de convivencia social que marcan nuestro devenir histórico. El análisis de estos procesos de transformación es una herramienta útil para comprender los retos a los que nos enfrentamos hoy, como países que compartimos una misma herencia cultural y una misma lengua. Conviene recordar, en este sentido, el papel integrador que en todo ello han tenido y tienen la educación y la Universidad.

La Universidad de México, creada por Cédula Real en 1551, jugó un papel importante en la consolidación de la cultura española en América, como lo hicieron también las universidades en Santo Domingo y San Marcos de Lima, por citar a las tres que se fundaron primero en este continente.

A través de la Universidad, reflejo de sus pares españolas de Salamanca y Alcalá, llegaron a América los principios de la Filosofía Aristotélica y el Derecho Romano, así como las esclarecedoras ideas del Renacimiento. Sin el concurso de la Universidad no habría podido entenderse cabalmente la gestión de aquella cultura novohispana, ni probablemente tampoco asimilarse la idea de que España y la América hispana son dos realidades históricas interdependientes.

El fin del periodo colonial y el inicio de nuestra vida independiente, cuyo bicentenario celebraremos pronto, permitió dejar atrás una estructura ya caduca para iniciar un nuevo esquema de convivencia social. En esta encrucijada, la institución universitaria, sin estar ausente, sufrió las consecuencias del entorno. No obstante, en ella certificaron sus estudios varios de los próceres de la independencia continental, y en sus aulas se discutió y aún se discute vehementemente el rumbo que ha de tomar cada nación. De ella han abrevado muchos de sus escritores, artistas, científicos y dirigentes políticos.

Asimismo, los países hispanoamericanos, cada uno con sus matices, han estado influidos por el modelo de civilización proveniente de la "otra América", la anglosajona, que aunque también tiene sus raíces en Europa, responde a referentes culturales distintos a los que predominan en la América española.

La tentación de adoptar el modelo norteamericano provocó múltiples desacuerdos y querellas que nos mantuvieron enfrascados en luchas intestinas, nos debilitaron, nos dividieron, y retrasaron nuestro desarrollo. En México, no fue sino hasta que la facción revolucionaria más avanzada, luego de que el movimiento armado de 1910 instituyera un modelo propio, el del nacionalismo revolucionario, cuando nuevamente se buscó —y en cierta medida se logró— reafirmar la singularidad de la nación mexicana.

Hoy sin embargo, el paradigma dominante es otro; es el de la globalización, el de la sociedad del conocimiento, el de la industria del conocimiento y el de la economía del conocimiento. Frente a estas realidades, algunos países han tendido a agruparse en bloques regionales para

volverse más competitivos y resistir la incontenible influencia de la mayor potencia mundial de la historia.

Cada bloque va encontrando su propio camino de convivencia y cooperación, aunque algunos han sido más exitosos que otros. Para muchos, el mejor modelo de integración hasta ahora lo constituye Europa, de la que España es miembro de pleno derecho; pero avanza también el bloque asiático, y apuntan con gran fuerza las nuevas potencias: China e India, todos apostando fuerte a la educación, la investigación y la innovación.

La elocuencia del caso europeo radica en que con lenguas, culturas, costumbres y herencias diversas, se ha logrado construir un espacio común cada vez de mejor entendimiento y cooperación. Si ha sido posible que se sienten a la misma mesa un alemán, un italiano, un húngaro, un turco, un francés y un finlandés para llegar a acuerdos, nosotros, que hablamos el mismo idioma desde hace siglos, tenemos que ser capaces de encontrar una vía más eficaz para crecer e integrarnos plenamente con base en proyectos específicos de apoyo mutuo. En la actualidad esto sólo ocurre en una escala modesta.

No se trata aquí de hacer un inventario de los impedimentos que hemos encontrado para integrar una zona común de entendimiento y cooperación. Más que resaltar las diferencias, que las hay, interesa destacar lo que nos identifica y debe servirnos como punto de partida para la integración de una Iberoamérica más unida.

El idioma español representa, en este contexto, un gran instrumento de integración de Iberoamérica. Se trata de la tercera lengua más extendida del mundo, con más de 330 millones de hablantes concentrados en esta región.

Son nuestros lazos comunes los que nos ofrecen identidad y nos dan fortaleza para enfrentar las complejas dimensiones de la globalización, que exige de los países más eficiencia en la producción, mayor competitividad, transparencia y certidumbre jurídica; pero también respeto a los derechos humanos, protección de nuestro patrimonio cultural y ambiental, y el reconocimiento cabal de que somos una región multiétnica y pluricultural, entre muchos otros temas.

Un hecho preocupante radica en que los gobiernos de la región, en mayor o menor grado, no le han dado suficiente importancia a aquellos aspectos que mejor definen la sociedad del conocimiento: la educación superior, la ciencia y la innovación tecnológica. Sin ellas, nuestras posibilidades de incorporar conocimientos al aparato productivo son prácticamente nulas.

Lo ocurrido con economías que hace dos y tres décadas eran modestas y ciertamente más pequeñas que la nuestra y que ahora nos han rebasado, es que comparten la decisión política y la visión de mediano y largo plazo de invertir en educación, en investigación y en desarrollo. De acuerdo con el Banco Mundial, los países

ricos tienen un ingreso 40 veces mayor, en promedio, al de las naciones pobres; pero su gasto en educación, ciencia y tecnología es 220 veces superior.

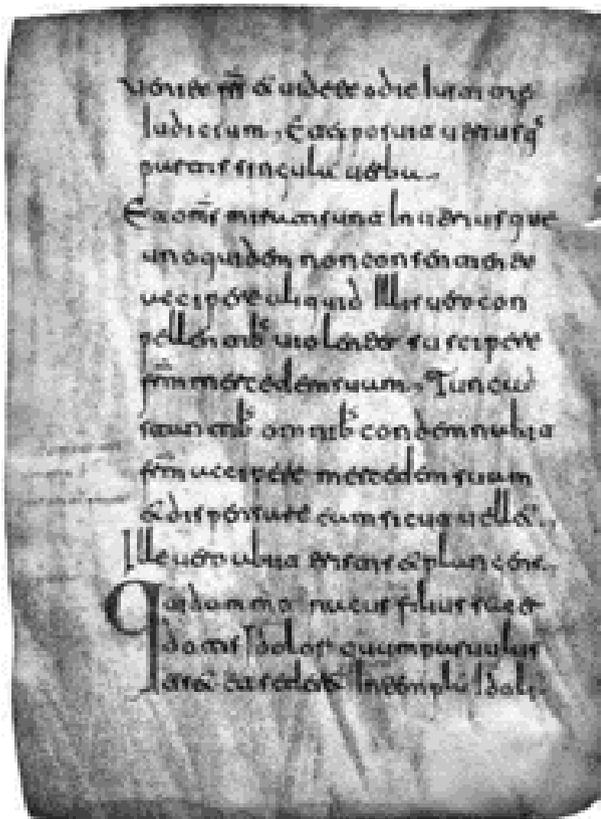
En muchos países latinoamericanos, las universidades públicas han visto disminuidos sus recursos presupuestales como parte de las políticas económicas en boga, a pesar de que las necesidades educativas aumentan dramáticamente año tras año. El promedio de cobertura en educación superior en América Latina apenas rebasa el 20 por ciento; en la América anglosajona es casi el triple y en Europa del norte, donde ha habido inversiones masivas del Estado en esos rubros, la cobertura llega casi al 80 por ciento de los jóvenes entre 19 y 24 años. También las economías asiáticas más recientemente desarrolladas nos han tomado buena distancia.

Ciertamente, este déficit no podrá subsanarse sin una mayor participación del sector privado. No se puede soslayar el hecho de que hoy en día, casi la mitad de la investigación en el mundo se realiza con capital privado. Sin embargo, en nuestros países la mayor parte de la investigación científica se realiza en universidades públicas y, en consecuencia, al verse menguados sus recursos, la investigación, incipiente, languidece.

El asunto se agrava aún más, si recordamos que en muchos sectores de la población latinoamericana, la educación pública sigue siendo la única vía para que los jóvenes puedan aspirar a una vida más digna, más productiva. En suma, nuestro rezago en educación tiene una triple vertiente. Es inequitativa en el acceso, heterogénea en su calidad y está desvinculada del sector productivo.



Códice latino Aemilianensis 60, siglo xi



Glosas Emilianenses, siglo XI

A pesar de sus limitaciones, las recientes evaluaciones internacionales, que son también una expresión de la globalización, nos confrontan con una realidad ineludible: las universidades de habla hispana no tienen hoy, salvo contadas excepciones, un lugar distinguido en el concierto internacional. Requerimos más recursos, pero también avanzar en la modernización de nuestras instituciones educativas.

Si queremos integrarnos mejor al mundo cada vez más interdependiente en el que estamos inmersos, necesitamos crear mejores sinergias entre las universidades hispanoamericanas, y propiciar el desarrollo de políticas públicas más comprometidas con la investigación y el desarrollo; simultáneamente, se requiere impulsar una vinculación mucho más estrecha y funcional entre las universidades y las empresas, que son los grandes empleadores; así como con el sector industrial, donde se requiere de la alta tecnología; y por supuesto, que los propios egresados de nuestras universidades tengan el ím-

petu de ser los creadores de nuevos proyectos, de nuevas empresas, que contribuyan más eficazmente al desarrollo de la región. No basta con lograr un empleo, hay que crear empleos.

No dudo en reiterar que el idioma común y la cultura compartida son los grandes instrumentos de cooperación del mundo iberoamericano. El Sistema Internacional de Certificación del Español como Lengua Extranjera recientemente acordado con el Instituto Cervantes es un paso en la dirección correcta. Pero ello no basta. Es necesario también avanzar en materia de ciencia y tecnología, terrenos en los que el español ha sido gradualmente desplazado.

El devenir histórico quiso que los países latinoamericanos compartiéramos el hemisferio con una nación vigorosa y emprendedora, admirable y cuestionable a la vez. Es cierto, como afirmó Alfonso Reyes, que “una nación, un conjunto de naciones, un continente, no pueden proponerse de modo unánime y premeditado cambiar los factores universales de una cultura”, como tampoco podemos modificar el hecho de nuestra coexistencia geográfica. Pero lo que sí podemos hacer, es decidir si lo experimentamos como una adversidad que tenemos que padecer, o como una oportunidad que podemos aprovechar en beneficio de nuestros pueblos.

Hoy, que la migración hacia la América sajona está convirtiendo a la población de habla hispana en una de reciente influencia política y social en los Estados Unidos, hay que reconocer que “las dos Américas” disponen ahora de ese poderoso instrumento de vinculación: el idioma español, que es, además, un instrumento de solidaridad con los millones de emigrantes que sufren cotidianamente las condiciones adversas de un entorno que les resulta, a la vez, indispensable.

Habrà que asumir, pues, el compromiso de ampliar las posibilidades de nuestro hogar común americano, para convertirlo en un espacio de mayor armonía continental, y reconocernos como naciones diversas pero con poblaciones unidas en su origen, hermanadas por una lengua rica y viva, en un contexto global en el que las fronteras tienden a desvanecerse, a pesar de los muros. Ahí tenemos una oportunidad que no podemos desaprovechar y una tarea solidaria que no podemos eludir. □

No dudo en reiterar que el idioma común y la cultura compartida son los grandes instrumentos de cooperación del mundo iberoamericano.